

La santa iglesia universal

Por Samuel Hernández Clemente.

Creo en la santa Iglesia,

el pueblo de Dios reunido de todas las naciones y generaciones, redimido y sostenido por Su gracia, y destinado a glorificarle en la tierra y por la eternidad. Esta comunidad de santos, llamada y apartada, existe por el beneplácito y poder de Dios, quien la eligió para ser Su posesión especial y la manifestación visible de Su Reino en el mundo, cumpliendo el propósito eterno de Dios de redimir, reconciliar y santificar a un pueblo para Su gloria.

Efesios 2:19-22; 1 Pedro 2:9

Creo en la naturaleza espiritual de la Iglesia,

concebida y nacida por la obra del Espíritu Santo, quien la vivifica, la sostiene y la santifica. Dependemos continuamente del Espíritu Santo para la fe, el entendimiento y la comunión, porque sin Su presencia y poder, la Iglesia carece de vida, propósito y dirección. Es Él quien nos guía a toda verdad y nos conforma a la imagen de Cristo.

Juan 3:5-6; Romanos 8:9-11

Creo en la unidad de la Iglesia,

una y única, fundada en la verdad del Evangelio y la fe en Jesucristo. Esta unidad trasciende barreras de raza, idioma y cultura, siendo el vínculo del Espíritu Santo quien une a todos los creyentes como un solo cuerpo bajo el señorío de Cristo, nuestra Cabeza. Oramos y trabajamos por la manifestación de esta unidad, para que el mundo conozca el amor de Dios.

Juan 17:20-23; Efesios 4:3-6

Creo en la santidad de la Iglesia,

pues ha sido apartada por Dios y llamada a reflejar Su carácter en el mundo. Aunque compuesta de pecadores redimidos, la Iglesia está en proceso de santificación, purificada y transformada a través de la obra de Cristo y del Espíritu, hasta llegar a ser una novia santa y sin mancha llamada a reflejar la pureza, justicia y verdad de Dios en un mundo caído, sosteniendo la luz de Su gracia.

Efesios 5:25-27; 1 Corintios 1:2

Creo en la universalidad de la Iglesia,

presente y futura, formada por todos los redimidos de toda tribu, lengua y nación. Esta Iglesia es universal no solo en extensión, sino también en verdad, confesando el mismo Evangelio y proclamando el mismo Señor en todos los lugares y generaciones.

Apocalipsis 7:9-10; Mateo 28:19-20

Creo en la apostolicidad de la Iglesia,

fundada sobre la enseñanza y misión de los apóstoles, quienes recibieron de Cristo Su mensaje y mandato. La Iglesia es apostólica en identidad y vocación, preservando y proclamando la fe bíblica, siendo fiel a las Escrituras, que son la norma infalible de fe y práctica, y guiada por el Espíritu Santo en la proclamación del Evangelio de salvación hasta los confines de la tierra, cumpliendo así el mandato de hacer discípulos en todas las naciones.

Efesios 2:20; Hechos 2:42

Creo en la necesidad de los medios de gracia,

a través de los cuales el Señor alimenta, fortalece y sostiene a Su pueblo. Estos medios son la predicación de la Palabra, los sacramentos del bautismo y la Cena del Señor, y la oración. A través de ellos, el Espíritu Santo obra en nosotros, nutriendo nuestra fe, consolando nuestros corazones, y transformándonos a la imagen de Cristo. Estos medios son esenciales para el crecimiento de los creyentes en santidad y en conocimiento de Dios, y son un testimonio visible de Su presencia entre nosotros.

Romanos 10:17; Hechos 2:41-42

Creo en el Señorío de Cristo,

quien es la Cabeza y el único Rey de Su Iglesia. Todo poder y autoridad en la Iglesia pertenecen a Él, quien la gobierna con justicia, sabiduría y amor. Reconocemos y sometemos nuestras vidas a Su señorío perfecto, absoluto y eterno, buscando vivir en obediencia a Su voluntad revelada en las Escrituras.

Colosenses 1:18; Mateo 28:18

Creo en el Pacto de Gracia,

la alianza de vida y misericordia, la manifestación del amor y fidelidad de Dios hacia Su pueblo, establecido desde la eternidad y revelado a través de la historia redentora. En este pacto, Dios promete salvación, perdón de pecados y vida eterna a Su pueblo, no por obras, sino por Su gracia soberana, mediante la fe en Jesucristo, el Mediador del pacto. Este pacto nos asegura la adopción como hijos de Dios y el sello del Espíritu Santo, quien garantiza nuestra redención final y nos santifica para Su gloria.

Hebreos 8:6-10; Efesios 1:13-14

Creo en la importancia de la Iglesia local, visible y militante,

como expresión de la Iglesia universal en un lugar y tiempo específicos. La Iglesia local es el lugar donde la fe se vive en comunidad, la Palabra se predica, los sacramentos se administran y los creyentes se edifican mutuamente. Como Iglesia militante, lucha contra el pecado, el mal y las fuerzas espirituales de oscuridad, siendo fortalecida por el Espíritu Santo y guiada por Su Palabra, confiada en la victoria de Cristo.

Hebreos 10:24-25; Efesios 6:12

Creo en la esperanza escatológica de la Iglesia triunfante,

la comunidad de aquellos santos que han partido en fe y ya están en la presencia de Dios, goza de Su gloria y canta las alabanzas de Aquel que los ha redimido, esperando el regreso de Cristo, cuando la Iglesia será glorificada y todo sufrimiento cesará. Anticipamos con gozo el día en que el Reino de Dios será plenamente manifestado y la Iglesia será presentada sin mancha ni arruga, para morar eternamente con su Señor.
1 Tesalonicenses 4:16-17; Apocalipsis 21:3-4

Creo en la necesidad de un liderazgo honorable,

llamado y capacitado por Dios para guiar, pastorear y servir a Su pueblo con integridad, humildad y amor. Los líderes de la Iglesia son siervos que buscan el bienestar del rebaño, imitando a Cristo, el Pastor supremo, y enseñando fielmente Su Palabra.
1 Timoteo 3:1-7; 1 Pedro 5:2-3

Creo en el sacerdocio universal de todos los creyentes,

llamados a ofrecer sus vidas en servicio y adoración a Dios. Rechazamos toda distinción de jerarquía espiritual entre los creyentes, ya que todos hemos sido lavados por la misma sangre y recibimos el mismo Espíritu Santo. Cada miembro es parte activa del cuerpo de Cristo y está llamado a servir, interceder y ofrecer sacrificios espirituales a Dios, y a ser testigos de Su gracia en todas las áreas de la vida, viviendo en consagración y servicio en el mundo para Su gloria.
1 Pedro 2:5; Apocalipsis 1:6

Creo en el imperativo contracultural de la Iglesia,

que debe ser sal y luz en un mundo en oscuridad, viviendo una vida de pureza, justicia y compasión. La Iglesia no se conforma a los valores de este siglo, sino que, por medio de la renovación de su mente, manifiesta la voluntad de Dios y transforma el mundo que la rodea.
Mateo 5:13-16; Romanos 12:2

Creo en la vocación doxológica de la Iglesia,

llamada a glorificar a Dios en adoración, culto y liturgia. La Iglesia existe para la alabanza de Su gloria, adorando en espíritu y en verdad, y rindiéndole honor en todo lo que hace, hasta que toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor.
Juan 4:23-24; Filipenses 2:10-11

Amén



una vida reformada

| unavidareformada.blogspot.com

Creamos contenidos para ayudar a los peregrinos a: conocer a Cristo, caminar con Cristo y comunicar a Cristo.